

Discretamente muerto y otros textos breves

de Fernando Almena

Miguel Signes

**Discretamente muerto
y otros textos breves**

de
Fernando Almena

Edición:
Fundamentos.
Madrid, 2001



Hay muchos modos de leer una obra de teatro, hay muchas maneras de acercarse a un texto teatral, como en general a cualquier obra literaria. Hay quien toma el libro y lo abre dispuesto a disfrutar con su lectura para su enriquecimiento personal y que en el acto de hacerlo ha podido estar o no estar influido por informaciones anteriores acerca del autor y de su obra. Y existe el lector que movido por un afán profesional analiza y ve la lectura como un trabajo previo para otros objetivos; entre otros por ejemplo para una labor crítica, o para una puesta en escena o, en los casos en que el autor no sea contemporáneo del lector, para poner al alcance de otros lectores no familiarizados con el contexto histórico o social del momento de la creación literaria aquellos aspectos que crea necesarios para su perfecto entendimiento. Existen en realidad muchos tipos de lectores, pero absolutamente todos pasan por haber sentido antes simplemente afición, amor por la lectura.

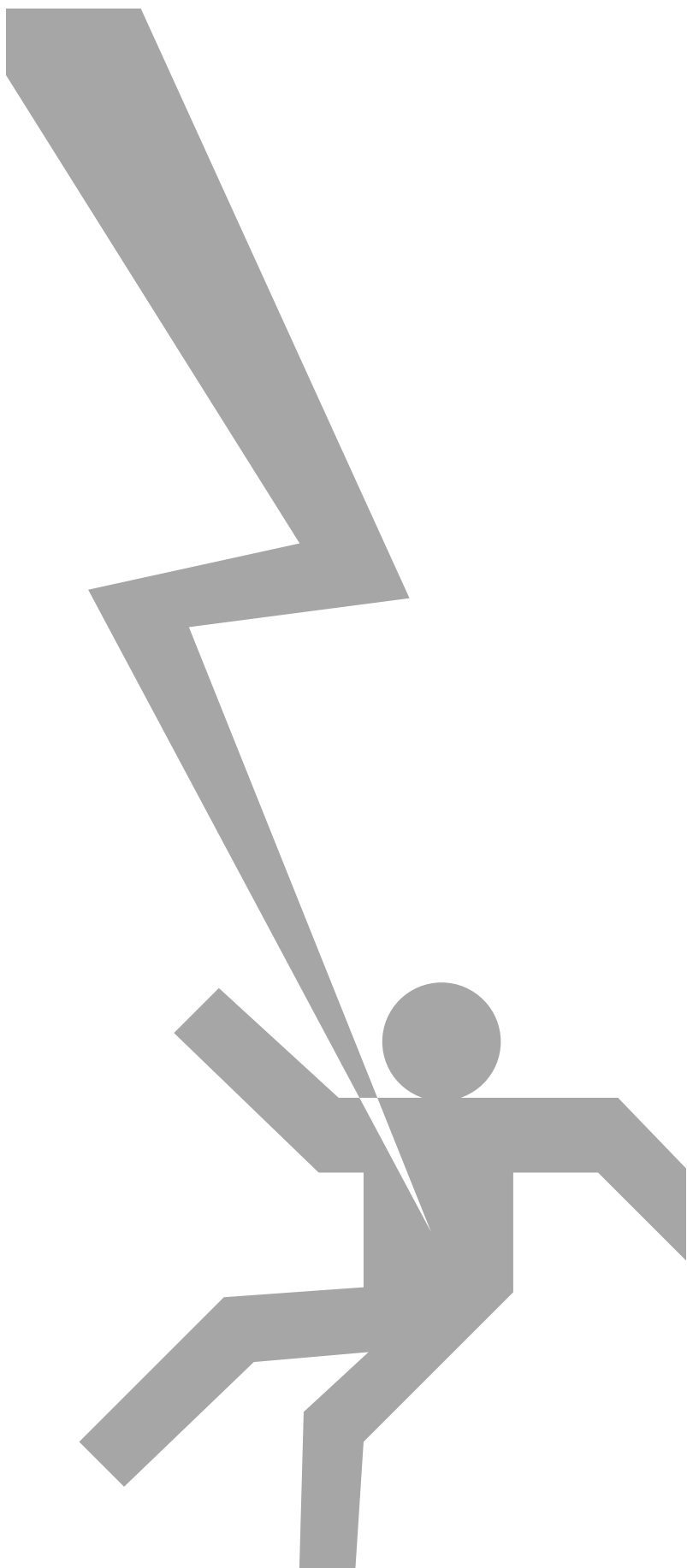
Con este impulso inicial abrí el libro de Fernando Almena publicado por Espiral/Fundamentos, que cuenta con una muy buena introducción de José Romera Castillo y confieso haberme leído de un tirón los cinco textos breves recogidos en el libro y haber disfrutado con la lectura de *Discretamente muerto y otros textos breves*. Lo que en un principio me sorprendía, y que era encontrarme con que el texto que daba título al libro figurara al final del mismo, después me pareció plenamente justificado. No sólo es, a mi juicio, el mejor de los cinco, sino que constituye —si se me permite la licencia— el quinto y último acto de una única pieza que denuncia la resignación del hombre ante el abuso del poder. Todo el libro se le ofrece al lector como una visión panorámica de un conjunto de seres humanos en un recorrido vital cuidadosamente medido, teatralmente medido,

a lo largo de las cinco obras —no importa que hayan sido escritas en momentos diferentes como así ha sido, cuenta que las leemos juntas— para llegar a ese desenlace final del último texto que no es otra cosa que un lamento a la impotencia del ciudadano y la confesión resignada de lo que quisiera hacer y nunca hará.

Sus personajes están perfecta e individualmente caracterizados y comparten en común el asumir su fracaso y por lo tanto su colocación en la sociedad sin plantearse ninguna posibilidad de cambio. Son personajes de la vida corriente a través de los que Fernando Almena está dando testimonio de su época, de la mía, de la nuestra, de ésta en la que jóvenes y ya no tan jóvenes coincidimos.

Siendo el autor cordobés, y de él no voy a hablar porque ya lo hizo en esta misma revista Ignacio del Moral, era casi obligado que ese hilo narrativo que a mi parecer recorre sus cinco textos breves, tomara su impulso inicial en *El Albéitar de Loja* con los sucesos de su tierra, y que la figura del revolucionario y veterinario Rafael Pérez del Álamo fuera quien le proporcionara la oportunidad de mirar hacia atrás en el tiempo para hablar del hoy, de ese hoy en el que los sueños de los otros nunca acaban de ser los nuestros, y de crear así con unos pocos trazos el perfil del piconero Antonio. Fijado el punto de partida, cuando el de Loja abandone la celda de la cárcel y Antonio recuerde cantando que “con paciencia se muere”, quedará grabado en la memoria del lector, con un poso entre amargo e irónico, el grito del de Loja: “¡Hermanos andaluces, salvemos al país de las injusticias y la ruina! ¡Acabemos con la opresión y la miseria!”.

Exigencia que ya no olvidaremos en el momento en que pasando la hoja del libro se levante de nuevo el telón para ver en escena a los dos personajes, víctima y verdugo del segundo texto: *Es muy peli-*



grosso asomarse... al exterior. Es en otro espacio cerrado donde se encuentran Juan —que ha puesto una bomba casi sin querer para matar a un ministro— y Lorenzo —el verdugo— ambos marcados por el mismo destino, aunque cumpliendo cada uno un papel diferente, opuesto y complementario a la vez, en el breve espacio de tiempo de la acción teatral en que coinciden. Están los dos en el mismo bando de la vida esforzándose para acomodarse al destino que les han preparado los de arriba, los que mueven los hilos ocultos de todas las voluntades. “De nuevo el poder en danza” dirá Romera Castillo en el prólogo. Los dos personajes de la obra, otra vez como el de Loja y Antonio a horcajadas uno sobre el otro, aunque ahora con el juego no se trate de convencer al de abajo sino de sumar los pocos ánimos que tienen individualmente, no consiguen ponerse de acuerdo más que para soñar realizarse en un mundo de miras muy cortas donde no quepan envidias ni odios, donde les dejen en paz. No son idealistas. Víctima y verdugo recorrerán el camino que otros les han trazado. La obra obtuvo el primer *Premio Plaza Mayor de la Casa de España* en París, y el *Premio Otoño del Sindicato Nacional de Escritores Españoles*.

Con la impresión de que tanto Juan como Lorenzo se nos han cruzado y cruzan casi diariamente sin advertirlo a lo largo de nuestra vida, nos trasladamos al banco bajo el árbol del parque donde se desarrolla *Sinfonía para tres carritos*, el tercer texto. En clave de humor negro y amargo a lo Azcona, tres grupos humanos se reúnen para soñar que viven y poder seguir arrastrando sus frustraciones y sus miserias. El decorado cambia, ya no estamos en los espacios cerrados anteriores, aunque como contraste los personajes siguen siendo prisioneros de sus limitaciones, de sus pobres fantasías ridículas. Almena acierta a presentarnos bajo la música de Vivaldi el contraste entre la imagen de los personajes y el tipo de lenguaje con que se expresan. Los cargos, la economía, el Ministerio, el Gobierno... ¡el poder! “no saben cuánta grandeza encierra esa palabra” dirá uno de sus personajes, son términos que rebotan de boca en boca de los reunidos; “el poder y el sexo, las dos columnas sobre las que se asienta el

mundo”, añadirá otro, siguen siendo en este texto la línea recta que va marcando la marcha de la acción y sobre cuyo trasfondo los protagonistas tejen una vida de mentiras que oculta su absoluta conformidad y resignación, como se encarga de poner de manifiesto el policía al final, esta vez bajo la música de Chaikovski.

Es con música populachera o pasada de moda con la que se inicia la acción de *Los miedos de la noche* en un cafeticho, donde la primera imagen que recibe el lector es la de la soledad y pequeñez del personaje que abre la comedia, donde las referencias al poder que proporciona el dinero y la cama ayudarán a situar el mundo de carencias de los cuatro protagonistas. Los personajes del café no confían más que en un extraño golpe de suerte y dirá Margarita “quizá la vida nos sonría algún día como un regalo inmerecido”. Se asume que, en el reparto de la felicidad, ellos han recibido muy poco. No piden justicia, no piden transformaciones, se resignan como los que hemos visto en las tres obras —tres actos— anteriores. Y confían en que los sueños rediman al ser humano... “mi libertad se halla en los sueños” manifiesta el Hombre, que niega que la realidad que le abruma en el día a día tenga más vida que la que él se forja. Frente a la soledad, a la falta de comunicación... sólo conciben la huida. No luchan, no lucharán. Son derrotados de siempre, por los otros y por su aquiescencia. Del parque con árboles y flores Almena nos ha vuelto a presentar a sus personajes otra vez encerrados entre cuatro paredes malamente remozadas de un café, en un va y viene continuo del interior al exterior para

volver al interior de los sueños.

Para cerrar ese desfile de personajes Almena coloca su *Discretamente muerto* al final del libro y levanta el telón de su texto en un escenario de teatro improvisado para unas fiestas de pueblo. Me parece un acierto hacerlo con la historia de Curro, con la historia de alguien que piensa en vengarse y muestra su inconformidad y protesta, aunque su protesta vaya envuelta, cómo si no, también en sueños mejores. ¿Cuántas veces no nos hemos encontrado pensando lo mismo? El intento de convertir el sueño en acción liberalizadora, es digamos la única solución que ante el poder pueden encarar los personajes que Almena nos ha descrito con un diálogo vivo y rápido, muestra de su saber hacer teatral. Es como dije al principio su mejor comedia, o como yo creo su mejor acto. El cante andaluz de Curro cierra las páginas de un libro que se abrió con los martinetes de Antonio el piconero.

Cuando volví a leer el libro ahora con una disposición distinta para poder hacer su reseña, me di cuenta que Fernando Almena había logrado convencerme para asociar mi experiencia de lector a la suya de creador, y comprobé que ese intercambio necesario entre autor y destinatario en toda obra artística había funcionado perfectamente, y que la mejor reseña que podía hacer era dejar testimonio de ello. Y también pude comprobar que sus cinco obras tenían tal consistencia, que podían leerse con total independencia las unas de las otras. Seguramente señal inequívoca de que en su construcción había pesado el destino final de toda obra dramática: su representación escénica, y su buen hacer. ■

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada... **Puedes y debes hacerlo**



ASOCIACIÓN
DE AUTORES DE
TEATRO



Sección autónoma
de la Asociación
Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.ª izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. <http://www.aat.es>